

cana. El pensador apenas existe; es contradictorio y mediocre, cuando no falaz. Y queda subrayada esa «moral de señoritos», siempre caprichosa, que hace dudar al biógrafo de otra leyenda muy extendida, la que propone un José Antonio vivo tras la victoria franquista, moderando los excesos en la represión contra los perdedores. Queda en evidencia que quien antes había defendido la dialéctica de los puños y las pistolas, difícilmente se dejaría llevar por la compasión, sobre todo llegado el momento de imponer por las armas el nuevo Estado. Sustraer al personaje de la violencia de su doctrina es algo ilusorio, y Vidal no aspira a ello en grado alguno.

Prisión y muerte en la España de postguerra, José Manuel Sabín, Ana-ya & Mario Muchnik, Madrid, 1996, 332 págs.

La represión franquista en la postguerra española quedó encarnada en un Gobierno cirujano. Los males nacionales fueron solucionados mediante la extirpación. Si en un primer momento era pertinente la eliminación sistemática de quienes no encajaban en el modelo, más adelante, como alternativa, se plantearía el adoctrinamiento, la reconversión del adversario. Y en el proceso entre ambos extremos, las condenas, la incertidumbre, el hambre y los males de la cárcel. Vista la barbarie de aquella guerra, parece coherente que se prolongase para una parte de los vencidos a

través de las torturas y las ejecuciones sumarísimas.

La voluntad del libro de José Manuel Sabín es, justamente, recordarnos los detalles de esa etapa, y lo hace apelando a todo tipo de fuentes, desde archivos carcelarios a memorias personales, todo ello con ánimo sistemático, aunque sin que la prolijidad documental cause al lector. Sabín ha revisitado los horrores del enfrentamiento civil, distinguiendo el origen de muchas crueldades. La exposición historiográfica nos sugiere que los métodos de las tropas franquistas en el frente se prolongaron, adaptados a la nueva situación, tras la victoria de los sublevados. Cuando menos, no supusieron un cambio de talante significativo. En los tribunales militares y su actividad temible durante la postguerra no hay indicios de una mayor tolerancia.

El autor aporta datos incontestables sobre depuraciones y encarcelamientos. La vida cotidiana en las prisiones, muchas veces previa al pelotón de ejecución, es retratada con rasgos impresionistas: hacinaamiento, falta de comida, enfermedades, maltrato físico. En este sentido, el cúmulo de anécdotas está narrado con coherencia y sobriedad, sin caer en la historia novelizada, lo cual resulta meritorio, dada la naturaleza emotiva de estos materiales. Cabe recordar aquí que los testimonios en primera persona están seleccionados con acierto, buscando las voces de aquellos testigos que mejor pueden respaldar la exposición de tantos horrores.

Completan esta semblanza colectiva las páginas dedicadas a la guerrilla antifranquista, fenómeno que el historiador define como consecuencia de una situación represiva, con escasísimo margen de integración para quienes combatieron a los sublevados. Es aquí donde mejor se define la guerra inacabada.

Estamos, pues, ante un elogiado ejercicio de investigación histórica, recomendable para quienes deseen un primer acercamiento a los oscuros episodios que siguieron al enfrentamiento civil en España.

Guzmán Urrero Peña

El hombre romántico, *François Furet y otros, traducción de Mauro Armíño y otros, Alianza, Madrid, 1997, 321 págs.*

Este libro pertenece a la serie «El hombre europeo» y la elección de Furet –recientemente fallecido– como coordinador, es un acierto, pues el romanticismo fue, entre otras cosas, revolucionario, y Furet se ha especializado en el estudio de las revoluciones modernas, en su ambivalencia y su carácter de religiones secularizadas. La única religión contemporánea, si hacemos caso del romántico ruso Herzen.

Los mejores aportes son los de Giorgio Comascini sobre el médico y Sergio Givone sobre el intelectual. El primero hace un estudio de la medicina romántica como filosofía natural de la vida, logrando una auténtica antropología de la enfermedad. El hombre romántico es na-

turalidad degradada por el morbo, pero, a la vez, como quiere Novalis, alguien que se libera del cuerpo, se espiritualiza y se torna sublime y lúcido gracias a la enfermedad.

Givone, inopinadamente, abunda en lo mismo, describiendo al intelectual romántico como acechado por la imperfección y, a la vez, por el infinito. Imperfecto, siente la ausencia constante de algo que no puede identificar sino como falta. Anheloso de infinito, intenta colmar lo incolmable, lanzándose hacia el abismo de la mística o el torbellino de la historia. La verdad, al revés que en el racionalismo inmediatamente anterior, será para el romántico algo ambiguo y enigmático, que se revela en el lenguaje poéticamente considerado. De ahí la importancia protagónica del arte como sustituto de las religiones derogadas. El arte de la revolución y la revolución como obra de arte.

En otros capítulos de desigual enfoque, pero de excelente nivel académico, tenemos a Heinz Haupt («El burgués»), Sidney Pollard («El trabajador»), Stéphane Michaud («La mujer»), Fabienne Reboul («El maestro de escuela»), Philippe Boutry («El cura») y Bronislaw Baczko («El revolucionario»).

El texto drogado. Dos siglos de droga y literatura, *Alberto Castoldi, traducción de Francisco Martín, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1997, 280 págs.*

El uso de drogas estimulantes o analgésicas es inmemorial. Forma

parte de la farmacopea humana, de esa exploración de la naturaleza con el fin de ir más allá de ella, tan propia de la condición antifísica del ser humano. Castoldi ha hecho una doble investigación: el hallazgo y consumo de drogas y su variación histórica; es decir, su distinta evaluación cultural según las épocas, con especial hincapié en los escritores que consumieron drogas y sus efectos en la producción literaria correspondiente.

En el minucioso catálogo figuran el opio, el hachís, la morfina, el éter, la cocaína, la mescalina y el ácido lisérgico. Paralelamente desfilan románticos, decadentes, surrealistas, generación *beat*, neomísticos, rockeros, santos y perversos, contemplativos e hiperactivos, suicidas que buscaron la disolución e hiperlúcidos que persiguieron la acuidad de una mirada que volviera inmortal el mundo pasajero de las cosas sensibles.

No estamos ante un ensayo crítico, sino ante una crónica, informada y amena, cuyo tema es la constancia humana en trascender, en estar siempre más allá, en romper fronteras y formas, para hallar nuevas fronteras y formas, o sea nuevos estímulos a la trascendencia. A veces, la droga exalta el cuerpo hasta hacerlo cósmico. Otras, lo cancela y es entonces el mundo quien lo ocupa. En esa tensión, la imaginación poética puede hacer muchas cosas.

B.M.

Conversaciones sobre lo invisible, Jean Andouze, Michel Carré y Jean-Claude Carrière, Seix Barral, Barcelona, 1997.

En el Instituto de Astrofísica de París, dos hombre de ciencia –Jean Andouze y Michel Carré–, se reunieron durante más de dos años con el escritor y guionista de cine Jean-Claude Carrière para hablar de todo lo que existe en la tierra y en el cielo.

Ese «invisible» que nos rodea y nos conforma –nuestros átomos son iguales a los de las estrellas, se anota– permite discurrir sobre las lejanas galaxias, los «agujeros negros», los invisibles neutrinos: no se ven, pero están en todas partes, nos atraviesan, atraviesan el mundo y también esta revista y a sus lectores –pero asimismo se remontan a los mitos antiguos.

Los astrofísicos representan a la ciencia, sus descubrimientos y sus dudas. Carrière se encarga de suscitar las preguntas y los ecos que la intuición humana ha imaginado desde siempre ante los enigmas del cosmos. Así se habla del cine, de las herejías, de Platón y los dioses indios que pueblan el Mahábharata.

Una de las nociones más fascinantes de la ciencia reciente es haber descubierto la unicidad del universo: «Es en efecto una inmensa noticia. Materia y luz son las mismas en todas partes. El mundo es uno, ya se sospechaba desde hace mucho tiempo, pero la verdad...». Esa identidad física que